



# Hiroshima y Nagasaki

**Más de un cuarto de millón de personas murieron cuando Estados Unidos lanzó dos bombas nucleares relativamente pequeñas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, el primer y único uso de armas nucleares en tiempos de guerra.**

Muchas murieron incineradas al instante. Otras murieron entre sufrimientos atroces, horas, días o semanas después de los ataques, a causa de quemaduras graves, heridas por la onda expansiva y enfermedad aguda por radiación. Muchísimas más murieron años después por cánceres y otras dolencias relacionadas con la radiación.

Para evitar que se repitan semejantes atrocidades, los países deben actuar con urgencia para eliminar las armas nucleares.

En Hiroshima y Nagasaki, las escenas de devastación fueron apocalípticas: patios escolares cubiertos de niños y niñas muertos o agonizantes. Madres meciendo a sus bebés sin vida. Personas con los intestinos al descubierto y jirones de piel colgando de sus extremidades.

La mayoría de las víctimas murió sin recibir cuidados que aliviaran su sufrimiento, ya que quedaban pocos hospitales en pie, los suministros médicos habían sido destruidos y la mayor parte del personal médico y de enfermería había muerto o resultado herido. Quienes entraron en las ciudades tras los ataques para prestar ayuda arriesgaron su propia vida por la radiación residual.

## Zona cero

En cada ciudad, quienes se encontraban más cerca de la zona cero —conocida como el hipocentro de la explosión— tenían pocas posibilidades de sobrevivir. Casi todas las personas que se hallaban en un radio de 1,2 kilómetros y sin protección frente a los efectos de la bomba murieron al instante o al cabo de pocas semanas.

Las temperaturas a nivel del suelo en el hipocentro alcanzaron entre 3.000 y 4.000 grados centígrados, y personas situadas a 3,5 kilómetros sufrieron quemaduras. Potentes ondas expansivas destruyeron la mayoría de las estructuras de madera en un radio de 2 kilómetros.

Incluso a 1 kilómetro de distancia, las personas recibieron una dosis de radiación ionizante lo bastante alta como para morir por envenenamiento agudo por radiación. Muchas otras personas, que se encontraban mucho más alejadas, también murieron por los efectos tardíos de la exposición a la radiación.

La inmensa mayoría de las víctimas —más del 90 %— eran civiles, entre ellas unos 38.000 niños y niñas. En el momento del ataque a Hiroshima, unos 8.400 estudiantes de secundaria se encontraban al aire libre creando cortafuegos como medida de defensa civil; 6.300 de ellos murieron.

## Las secuelas

En el caos que siguió a los bombardeos, los padres y las madres buscaban desesperadamente a sus hijos, y los hijos a sus padres. Algunos solo encontraron los restos carbonizados o las pertenencias personales de sus seres queridos; otros no hallaron rastro alguno.

Los esfuerzos por reunir a los miembros de las familias se vieron dificultados por el hecho de que muchas personas habían sufrido heridas tan graves que apenas resultaban reconocibles.

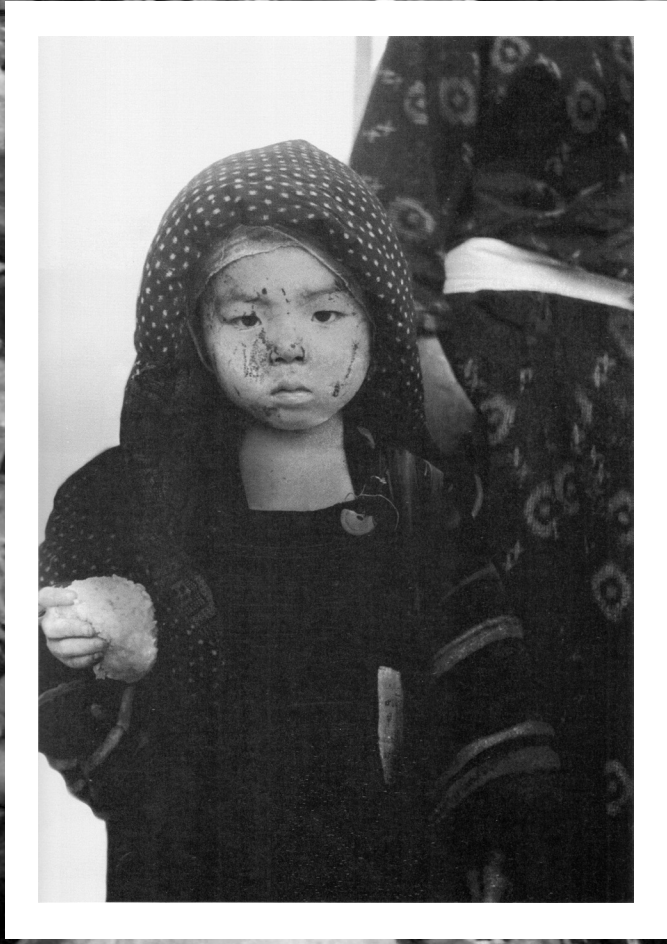
Algunas víctimas no presentaban ninguna huella física, pero de repente enfermaban y morían. Sus muertes desconcertaban al personal de emergencia, que ignoraba que se había utilizado un nuevo tipo de arma con efectos radiactivos perniciosos.

Muchas mujeres embarazadas de ambas ciudades sufrieron abortos espontáneos o dieron a luz a bebés que murieron durante la primera infancia, porque la radiación de las bombas había penetrado en sus úteros. Las malformaciones congénitas, entre ellas la microcefalia, eran frecuentes en los bebés expuestos en el útero materno.



Nagasaki un mes después del ataque.  
Crédito: gobierno de Estados Unidos.

Un niño en Nagasaki recibe alimento racionado  
tras el ataque. Crédito: Yōsuke Yamahata.



## El triciclo de Shinichi

En el momento del ataque a Hiroshima, Shinichi Tetsutani, de tres años, estaba fuera de su casa haciendo lo que más le gustaba: montar en su triciclo.

Sufrió heridas graves, entre ellas quemaduras en todo el cuerpo, y murió varias horas después. Sus dos hermanas, Michiko y Yoko, también murieron.

Su padre comentó años después: «Esto no debería ocurrirles nunca a los niños. Trabajen, por favor, para crear un mundo en paz en el que los niños puedan jugar todo lo que quieran».

El triciclo quemado de Shinichi se exhibe ahora de forma permanente en el Museo Conmemorativo de la Paz de Hiroshima, y en el Museo Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja de Ginebra hay una escultura basada en él.

Se ha convertido en un símbolo conmovedor del sufrimiento de la infancia en los ataques nucleares.



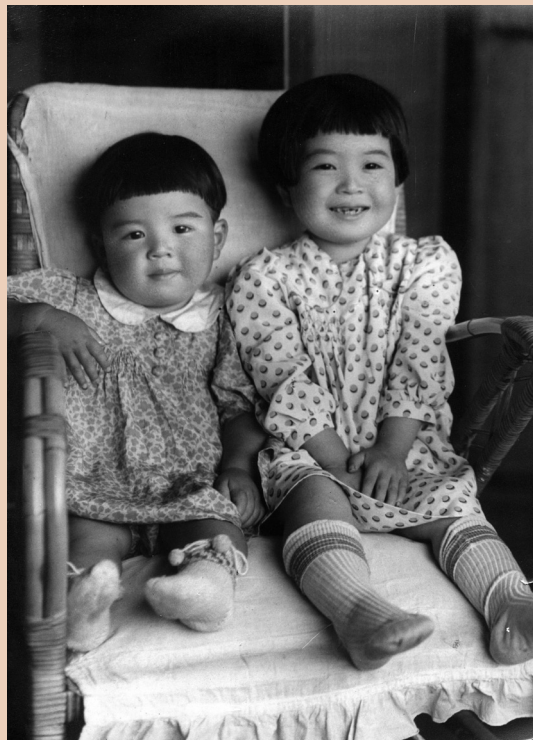
Crédito: Museo Conmemorativo de la Paz de Hiroshima, donación de Nobuo Tetsutani.

## Hermanas en Hiroshima

Kimino Wataoka, de dos años, y su hermana Hirono, de cinco, estaban en casa con sus padres cuando Hiroshima fue atacada. Los cuatro murieron.

Otra de sus hermanas, Kayoko, se encontraba cerca de la zona cero y también murió. Únicamente sobrevivió la hermana mayor, Chizuko.

**Se cree que esta foto de Kimino (izquierda) y Hirono (derecha) se tomó apenas un día antes del bombardeo nuclear. Crédito: Miho Iwata.**



## Irradiados por la bomba

Toru Ikemoto tenía siete años y su hermana Aiko, nueve, cuando Hiroshima fue destruida. Ambos se encontraban dentro de un edificio, a aproximadamente 1 kilómetro del hipocentro.

A los cuatro o cinco días del ataque empezaron a perder el cabello y experimentaron fiebres y sangrado de encías: síntomas de envenenamiento agudo por radiación.

Aunque ambos se recuperaron de la fase aguda de la enfermedad, finalmente sucumbieron a los efectos tardíos de la radiación. Toru murió a los 11 años y Aiko, a los 29.

**Los hermanos Toru (izquierda) y Aiko (derecha) en el Hospital de la Cruz Roja de Hiroshima en octubre de 1945. Crédito: Shunkichi Kikuchi.**



## Supervivientes

Quienes sobrevivieron por azar a los bombardeos nucleares de Hiroshima y Nagasaki recibieron en japonés el nombre de hibakusha, es decir, «personas afectadas por la explosión».

Muchos soportaron dolor y malestar de por vida a causa de sus heridas, además de traumas psicológicos. Algunos desarrollaron un grueso tejido cicatricial en el cuerpo y el rostro, o vivieron durante décadas con fragmentos de vidrio profundamente incrustados en la carne.

Las mujeres se enfrentaron a dificultades y a un estigma particulares por el temor a que el daño genético causado por las bombas se transmitiese a sus hijos y nietos.

A los pocos años de los ataques, los supervivientes empezaron a desarrollar cánceres y otras enfermedades a un ritmo inusualmente alto como consecuencia de los efectos tardíos de la radiación. La leucemia fue especialmente frecuente en los primeros años.

Para alertar al mundo del peligro de las armas nucleares, muchos supervivientes han compartido públicamente sus testimonios personales sobre lo ocurrido en 1945. Algunos, que eran niños en el momento de los ataques, siguen vivos hoy y continúan esta labor de dar testimonio.

Su mensaje ha sido claro y coherente a lo largo de las décadas: no pueden coexistir las armas nucleares y la humanidad.

En 2024, Nihon Hidankyo —una confederación japonesa de organizaciones que representa a los supervivientes— recibió el Premio Nobel de la Paz «por sus esfuerzos para alcanzar un mundo libre de armas nucleares y por demostrar mediante testimonios de las víctimas que las armas nucleares no deben volver a utilizarse jamás».

La valiente e incansable labor de incidencia de los supervivientes ha inspirado a muchas personas en todo el mundo a sumarse al movimiento por la abolición nuclear.

## Un superviviente y activista

Cuando tenía 16 años, Sumiteru Taniguchi sobrevivió al bombardeo nuclear de Nagasaki. «En el destello de la explosión, salí despedido de la bicicleta por la espalda y quedé estampado contra el suelo», relató.

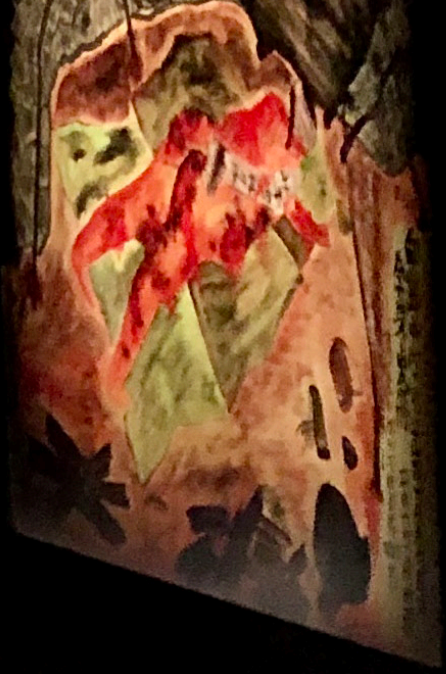
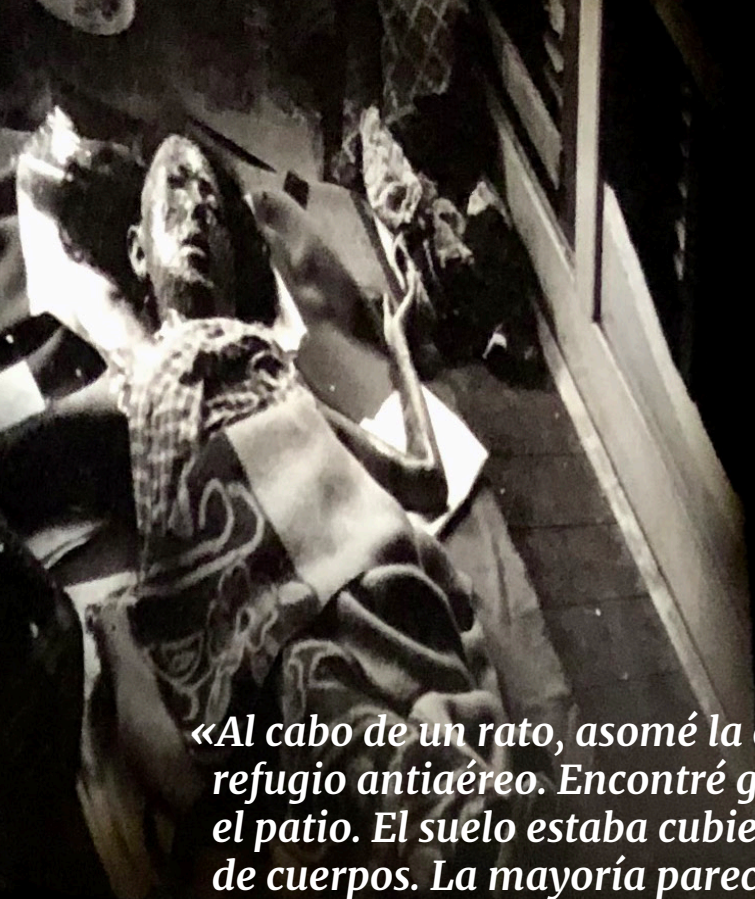
Cuando levantó la cabeza, vio que los niños que jugaban a su alrededor instantes antes estaban muertos.

Aunque se encontraba a casi 2 kilómetros del hipocentro, sufrió quemaduras graves en la espalda, el brazo izquierdo y la pierna izquierda. Sus heridas se infectaron pronto y pasó casi cuatro años recuperándose en el hospital, 21 meses de los cuales pasó tumbado boca abajo.

El dolor de sus heridas nunca desapareció. Dedicó gran parte de su vida a la causa de la abolición de las armas nucleares.

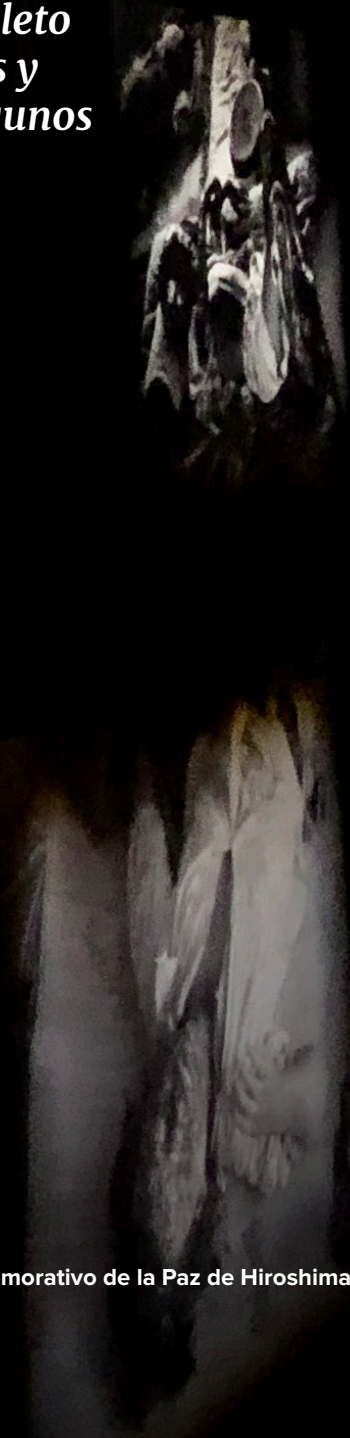
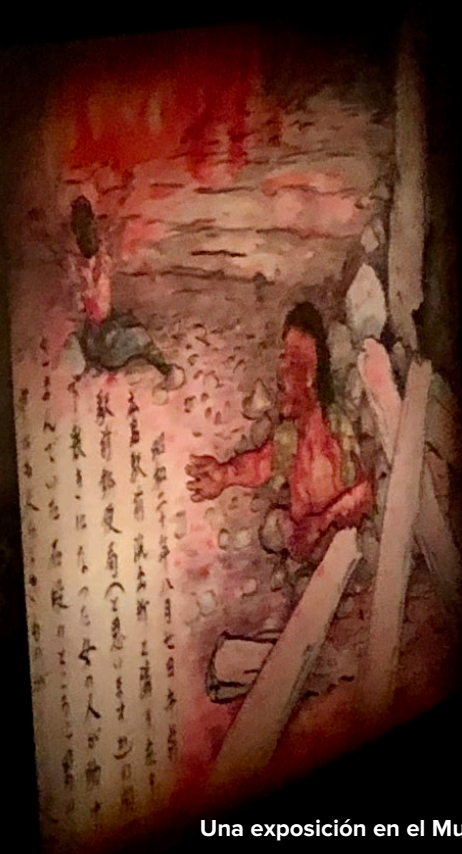


Sumiteru Taniguchi observa una imagen de sí mismo tomada en 1946, con la espalda marcada por las cicatrices de la bomba de Nagasaki. Crédito: Yuriko Nakao.



*«Al cabo de un rato, asomé la cabeza fuera del refugio antiaéreo. Encontré gente esparcida por todo el patio. El suelo estaba cubierto casi por completo de cuerpos. La mayoría parecían estar muertos y yacían inmóviles. Aquí y allá, sin embargo, algunos agitaban las piernas o alzaban los brazos.»*

**Fujio Tsujimoto, cinco años, Nagasaki**



Una exposición en el Museo Conmemorativo de la Paz de Hiroshima.